

con la vergonzosa concesión de la poligamia y del divorcio; desmentida la divina regeneración del hombre por la asquerosa lepra de la servidumbre; que el Redentor había lavado con su propia sangre; desfigurada la santa noción de la justicia por transigir con la venganza, y restablecida la monstruosa pena del talión por deferencia al espíritu material y grosero del pueblo sarraceno? Efectivamente, la poligamia con todos sus tristes adherentes, la deslealtad, la seducción, el concubinato, el adulterio; la esclavitud con sus legítimas consecuencias, el envilecimiento del ser racional y las sediciones; el justiprecio de la sangre derramada por el homicida; y el talión por último con su horrible desigualdad retributiva, son las facciones características de ese Estado musulmán que con un barnizado antifaz de prosperidades y placeres materiales se anuncia al mundo como émulo de la civilización de la cristiandad y su superior en el cultivo de la humana inteligencia.

No al acaso he tocado el delicado punto de la poligamia, cáncer destructor de la familia musulmana, porque siendo la familia la norma del Estado, pueda comprenderse por aquí hasta qué punto es ruinoso la basa en que estriba esa vanagloriosa sociedad. Acompañadme en una breve excursión por fuera de la gran mezquita. Grato es de vez en cuando esplayar el pensamiento, como es grato al ave nacida bajo la magnífica cornisa de piedra de su espacioso atrio, pasar volando sobre las casas circunvecinas para volver á posar después entre las grandiosas ménsulas donde fabricó su nido. Abarcaremos con una rápida mirada toda la vida doméstica del pueblo mahometano, y luego regresaremos al interior de su templo, donde fortalecidos con el convencimiento de que el progreso y esplendor de las artes es por desgracia compatible con el deshonor de las leyes y de las costumbres, no nos dejaremos alucinar, como muchos fanáticos partidarios de la cultura arábica, por las deslumbradoras maravillas que su arquitectura tiene que realizar todavía en un monumento que es el prototipo más acabado de su genio. No

me acuséis de parcialidad: voy desapasionadamente á ponerlos ante los ojos la vida doméstica según el Korán. Apartaremos la vista de los excesos y desórdenes que la ley condena y castiga. Sabemos que todos los pueblos los cometen, y que hay una edad en la vida de las naciones en que las costumbres presentan la corteza de la barbarie. Vámpos á observar cómo vive la familia mahometana dentro de la permisión de la Ley, para deducir cómo vivirá con la transgresión, inevitable en toda humana sociedad.

Recorramos el interior del hogar doméstico en cualesquiera gerarquías, desde el tugurio hasta el palacio. Estudiemos la condición verdadera de la mujer, ya bajo el dorado artesón, donde para endulzar su cautiverio se la embriaga de placeres, haciéndola pasar del tocador al diván, del diván á la danza, de la danza á la música y á los cuentos, de la música al perfumado baño, del baño á la mesa, de la mesa al palanquín y del palanquín al lecho; ya bajo las tejas del pobre zaquizamí, donde á la dura servidumbre de su sexo se reúne la brutal inconsideración de su marido. Veamos, é interroguemos, y recojamos con atención las respuestas. — Dime, hermosa africana, ¿por qué estás triste? ¿Por qué palidece el ébano en tus lánguidas mejillas y se extingue el fuego en tu mirada? ¿No se deslizaban felices tus días en este encantado y magnífico recinto, descuidados como esas cuentas de coral que por el roto hilo de tu gargantilla caen á ese tapiz de flores? El sol abrasador de Túnez marchitaba tu juventud en los aduare: caíste en poder de los enemigos de tu tribu, fuíste vendida como esclava, y ahora disfrutas las delicias del harem y el cariño de tu dueño. — ¡Ay mi sol de África! ¡Ay mi libertad! ¿Te imaginas por ventura que una esclava no es una mujer? Fuí vendida, es cierto; pero amé con toda mi alma al dueño que me compró, y el ingrato ahora me abandona por una mujer de linaje, porque el profeta le autoriza á tener á un tiempo mujeres y esclavas (1); y no contento con arrancarme

(1) Leyes morales, religiosas y civiles de Mahoma, tomo 2, parte 3.^a Del matri-

un corazón que la ley natural había ya hecho todo mío, me vende á un hombre que aborrezco, pudiéndome tener consigo (1)!

Vuélvome á otro lado, y pregunto:—Linda damascena, tú pareces completamente feliz: huérfana en Siria, hallaste en Andalucía un joven esposo que te sirve de padre, cuya opulencia te proporciona cuantos goces puedes apetecer. La ventajosa posición de tu marido debe llenarte de orgullo, y cuando la edad te permita aparecer en público con el rostro descubierto, brillará en tus ojos la satisfacción de ver honrados y aventajados á tus hijos.—¡Cuánto te engañas! Ahora que soy joven nada me halaga, porque la riqueza de mi esposo sólo sirve para dorar las prisiones en que vivo. Su desconfianza me humilla, y la vida de esposa me es mucho más insoportable que la orfandad. No gozó un solo instante de libertad: mis siervas espían mis más inocentes acciones; los eunucos que de noche velan mi sueño, las almeás que tú crees destinadas tan sólo á divertirme con sus bailes, las *tellaks* (2) que te imaginas consagradas exclusivamente á mi servicio en el baño, son, sin sospecharlo tal vez, los ciegos instrumentos de la tiranía marital. Oyes susurrar el aura entre las flores, no sabes si gime ó ríe; así son mis suspiros. Oyes cañtar al pájaro entre sus dorados alambres, no sabes si está alegre ó si llora; así es mi canto.—Tu esposo es fiel sin embargo al mandamiento del profeta, y no te niega su cariñoso homenaje, ¿para qué quieres la libertad?—Dí más bien para qué quiero ese homenaje forzado si hay otras esposas que lo obtienen igualmente, y no soy yo la que impera en su corazón. Ese obsequio legal me repugna; el profeta le consiente darme hasta tres rivales, de modo que su obligación se limita á envile-

monio, artículo I. Esta interesante obra pertenece á la *Collection des Moralistes anciens*, de M. Lefèvre.

(1) El que compraba una sierva tenía sobre su cuerpo derechos ilimitados. Véase el tit. XVII, *Leyes de moros*, publicadas por la real academia de la Historia.

(2) Todavía llevan este nombre en Turquía las bañadoras de la Sultana.

cerme una vez cada cuatro días (1) renovando en mi corazón la herida de los celos. Mira lo que dice nuestro libro sagrado al hombre: «No contraigas matrimonio sino con dos, tres, ó cuatro mujeres. Elige las que más te agraden. Si no puedes mantenerlas, cástate con una sola ó conténtate con tus esclavas (2).» También te engañas si te figuras que el renombre y la gloria del marido pueden ennoblecer á la esposa sepultada en vida, y que el velo que ahora cubre mi semblante (3) caerá con los años para otra cosa que para hacer manifiesto el rubor de mis mejillas cuando mis hijos sean postergados á los de una advenediza preferida.

¿Cómo suceden tan repentinamente en esa otra vivienda al són de los laúdes, inhumanos latigazos, y agudos lamentos á las dulces modulaciones de los cantares? ¡Ah! Una joven yemenita acaba de ser azotada por su marido de resulta de una infame delación.—Pobre mujer: ¿es posible que el hombre que parte contigo el pan y el lecho te trate tan bárbaramente? ¿Qué ley puede autorizarle á ser juez de su propio agravio si eres culpada, y á ser el ejecutor de tu castigo?—¡Ay de mí! el profeta se lo concede. He sido acusada de desobediencia: mi culpa era bien leve por cierto; pero no hay quien me defienda contra el brazo de mi irritado esposo, porque la ley declara que «los maridos agraviados por la desobediencia de sus esposas pueden castigarlas, dejarlas solas en el lecho, y aun golpearlas (4).»

(1) *Leyes de moros*, tít. LXII.

(2) Véase el art. I del capítulo *Del matrimonio* citado más arriba.

(3) «¡Oh profeta! Manda á las esposas, á las hijas y á las mujeres de los creyentes, que cubran con un velo su semblante. Será demostración de su virtud y preservativo contra los rumores del público. Dios es indulgente y misericordioso.

»Vuestras esposas pueden andar descubiertas en presencia de sus padres, de sus hijos, sobrinos, mujeres y esclavos. Temed al Señor, que es testigo de todas vuestras acciones.

»Las mujeres de edad avanzada pueden quitarse su velo, con tal que no pongan estudio en hacerse ver.»

(Art.º 17 y 18, cap. *Del matrimonio*.—*Leyes morales, etc., de Mahoma*. Colección cit. de Lefèvre.)

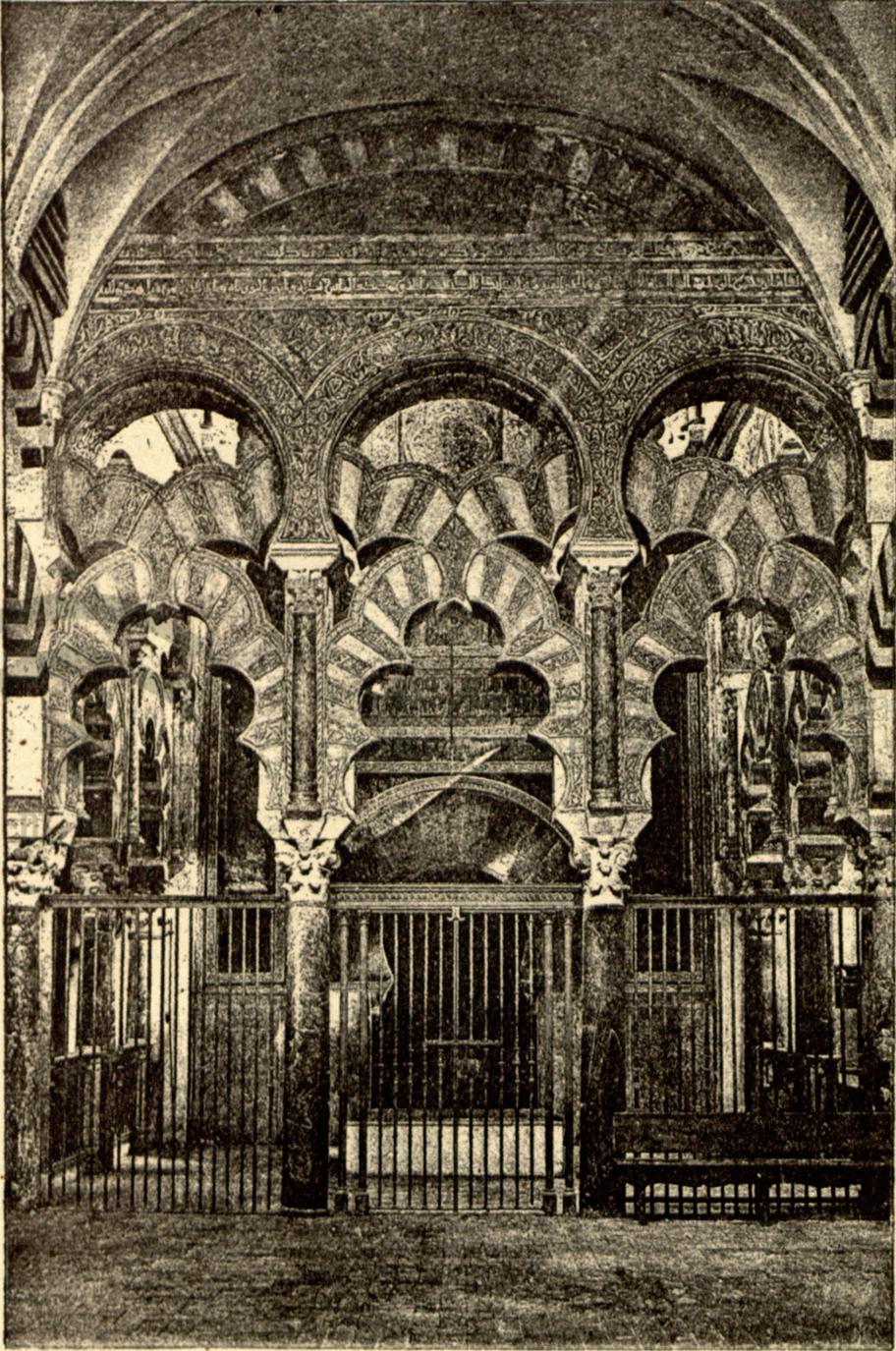
(4) Véase el art. 11, cap. cit., obra cit. de Lefèvre.

Veo á la puerta de la vivienda de un jeque poderoso un crecido acompañamiento de caballos y camellos. Pasó la hora de *alatemala*, y entran y salen los esclavos con gran recato y silencio, sacando de aquella casa fardos y líos que colocan sobre las acémilas. Parece de pronto que se dispone algún largo viaje. A poco sale al zaguán, apoyada en dos mujeres, con la frente inclinada al suelo y sollozando amargamente, precedida de dos jóvenes de semblante ceñudo, hermanos suyos; una esbelta Kinserita, toda velada de la cabeza al pié: al colocarla en un camello vuelve los ojos llenos de lágrimas á los arrayanes y cipreses que se descubren por entre los arcos del patio que acaba de atravesar y exclama:—¡Adios para siempre, objetos queridos que me acompañasteis en un breve sueño de felicidad ya disipado!—¡Á dónde vas, joven hermosa, ayer tan feliz y hoy tan afligida?—¡Me han repudiado!—¡Te han repudiado, y no hace un año se cubría de rosas y de mirto el suelo de esta morada para recibirte, y resonaban los adufes alzando las mujeres tu nombre en gritos de alegría (1) hasta las nubes!—¡Ah! bien lo recuerdo: encendidas más que aquellas rosas estaban mis mejillas cuando al pedirme para ese gallardo jeque, á quien yo secretamente amaba, me dijeron mis testigos: el noble walí de Jaén te ha pedido para esposa y te da de acidaque (2) presente

(1) «Cumplen en los casamientos alegría et *alhuelulas* (gritos de alegría ó de dolor que acostumbran á dar las moras), et panderos, et testimonios.» Título VIII, *Leyes de moros*. «Y permítase en las bodas el adufe, y este es de dos maneras; el uno un arco redondo y por la una parte pergamino que esté sin cuerdas... Y el otro es de la misma suerte, sino que está por las dos partes con pergamino... y si tiene cuerdas, ó son sonajas ó gayta no se permite, y los demás instrumentos, como laúd, rabel y semejantes, como más fuerça, es *haram* (prohibición) usarlos en las bodas.» Anon. Valenc. cit. por el Sr. Gayangos en su nota 3 al tít. VIII arriba mencionado.

Aunque estas leyes fueron recopiladas en época muy posterior á los Califas, merecen considerarse como primitivas, dado que el ilustrado orientalista que las anotó advierte en el prólogo que las precede no haber nada en ellas que no esté enteramente conforme con los principios consignados en el Korán, con la tradición y la Zunna, con las doctrinas del rito Malequí que se siguió en África y en España, y con la letra de otras compilaciones legales del mismo género.

(2) El *acidaque* es la dote ó la carta dotal. Entre los musulmanes el marido es



EL MHIRAB

una gran riqueza. Si estás contenta, calla y no respondas, y tu callar es señal cierta que consientes. Mi padre acababa de morir en guerra de frontera, y mis dos hermanos se holgaban de mi buena estrella... ¡Todo acabó para mí! El cielo no ha querido dar hijos á mi esposo en su Kinserrita antes tan querida, y me repudió por estéril. ¡El profeta permite romper por esterilidad un vínculo que la naturaleza hace indisoluble! «Esperad tres meses antes de repudiar á las mujeres que han perdido las esperanzas de concebir (1).»

—Tú al menos, digo á otra bella mora á quien veo salir de su elegante retiro llevando de la mano dos niñas, no serás repudiada por estéril; y sin embargo tus ojos hinchados, el velo que también te cubre, el atavío de tus hijas, indican que te dispones á dejar la casa conyugal.—No soy estéril, no, pero también me veo repudiada. La causa apenas yo misma la sé: sé tan sólo que perdí el corazón de mi marido, y que el ingrato juró que me repudiaba. Cuatro meses hace que pronunciando él su juramento, me cubrí con este velo y me retiré á ese aposento. Sostúvome la esperanza de la reconciliación, mas esperé en vano; nuestro vínculo está disuelto, y yo recobro mi libertad (2).

el que dota á la mujer. «El *guaquil* (procurador casamentero, tutor ó curador) dará la novia con palabras conocidas, como decir: *ya fulano, yo te caso con fulana*; y el novio dirá: *yo estoy contento ó la recibo por esposa*, y deste dar y recibir, y cantidad del *çitaaq* (*acidaque* ó *dote*) presente y dilatado; es la que an de testiguar los testigos, de suerte que estos añ de hablar con ella antes. Si es doncella y no tiene padre, llamarla y que responda al llamado, y le dirán: *fulano te a pedido para su esposa* y, te a nombrado de *çitaaq* presente tanto, y de *muajar* (lo que se da despues) tanto. Si estás contenta, calla y no respondas, y tu callar es señal cierta que concèdes y estás contenta; y si no lo estás, habla y di lo que te parece y está bien. Si á todo esto calla, su callar es otorgar, y si despues de tiempo habla y dice que no sabia que el callar era otorgar, no le es de provecho, ni será creida. Y si al tiempo de llamarla se rie ó llora; se casará, y no importa, porque el reirse puede ser de contento, y el llorar por faltalle en aquella ocasion su padre, con que le escusará á ella de hablar; pero si no quiere hablar ó se levanta de su lugar, y se va y se echa de ver en su cara que aborrece el casarse ó no querer al novio, se dejará por casar.» Anon. Valenc. citado en la nota 1 al tit. X, *Leyes de moros*.

(1) Art. 3, cap. *Del repudio, Eeyes morales, etc., de Mahoma*, Cofec. cit. de Lefèvre.

(2) Cuando un mahometano jura repudiar á su esposa, rompe todo comercio

¿Qué digo mi libertad? ¡La mujer lo deja todo donde tuvo el primer tálamo, y sólo el hombre recobra después del divorcio su primer estado! Llévome mis hijas, único bien del alma de que no se me despoja; mis hijos quedan aquí, y es fuerza separar á los hermanos unos de otros, como se separan, cuando el hacha despiadada hiende á muerte el tronco, las ramas que crecieron entretejidas. Pasarán los años, y si llegan á encontrarse se desconocerán, lo mismo que se desconocen la viga de una dorada techumbre y su hermana la viga que se pisa enterrada en un pavimento.

Sorprendo en otra casa á una mujer meditando con el Korán en la mano el modo de cometer un delito para obtener la *atalca* (1) de su marido.—¿Qué estás pensando en este recóndito y solitario paraje, atrevida cordobesa? El libro del profeta está abierto en tus manos, y la expresión de tu semblante denota sin embargo que tu espíritu vaga incierto sobre el *araf* (2) entre el cielo y el infierno.—El crimen que medito me brinda con la suprema felicidad en la tierra. Estoy estudiando si puedo volver á los brazos de un marido que me amaba y á quien yo entregué toda mi alma.—Pues ¿y el marido que hoy tienes?—No le amo: prendado de mi hermosura me pidió en casamiento, y yo sólo consentí con la esperanza de ser repudiada.—No comprendo á qué fin te has envilecido pasando por el tálamo de un hombre á quien no dabas tu fe.—Toma este libro, y lee: «El que repudie tres veces á una mujer, no podrá volverla á hacer suya sino después de pasar por los brazos de otro hombre que también la haya repudiado (3).» —¿Y prefieres al ma-

con ella. La esposa, así que llega á su noticia el juramento, se cubre con un velo y se retira á su aposento sin volver á presentarse á su marido. Para la reconciliación hay un término improrogable de cuatro meses, llamado la *alhedá*, pasado el cual todo vínculo queda disuelto y la mujer recobra su libertad. Al salir de la casa marital recibe su *acidaque* y se lleva consigo sus hijas, dejando los hijos varones en poder del padre. (Véase el cap. cit. *Del repudio*.)

(1) La *atalca* es el acto de repudio ó divorcio.

(2) Gran muro divisorio que, según el Korán, separa el paraíso del infierno.

(3) Párrafo 3.º, art. 5, cap. *Del repudio*, *Leyes morales*, etc.

El que repudiaba á su mujer y se arrepentía de haberla repudiado, en los cuatro

rido que tienes ahora el que por tres veces te repudió? — Le prefiero sin duda puesto que sólo á él amo; él también me prefiere á sus demás esposas, y la tristeza le devora desde que me perdió. Ambos somos infelices por esa ley que hace la tercera *atalca* irredimible con la reconciliación; pero afortunadamente ella misma nos ofrece el remedio en un cuarto repudio, á costa de un sacrificio que, consentido por el primer esposo, pierde su vileza. Mi actual marido es de genio apacible, y sin embargo le detesto; mi primer marido era irascible y arrebatado, y sin embargo le adoro: misterios del corazón que no ha comprendido el que al tercer repudio verbal hace la separación forzosa.

La triste condición de la mujer mahometana me conduce á examinar la condición de los hijos y de los siervos. Veo declarado impune al padre que prostituye á la sierva de su hijo (1); impune también al que prostituye á la mujer de su siervo (2); veo que el amo casa á sus esclavos sin consultar su voluntad (3) como se une á los animales para que encasten; veo que la condición de mercancía, sujeta á las alternativas de la estimación y del desprecio, empieza para la mujer en la misma infancia, porque el padre casa á la hija desde niña sin contar con su parecer (4), y el tutor casa á su pupila si entiende que así le conviene, prescindiendo de que ella entienda lo contrario (5).

Tal es la constitución de la familia bajo esa secta domina-

meses de *alheda* ó plazo para la reconciliación, no podía tener comercio con ella si antes no daba libertad á un cautivo. Si no encontraba cautivo ninguno que redimir, debía ayunar por espacio de dos meses; pero esta penitencia podía conmutarse con alimentar á 60 pobres. (Art. 13, cap. *Del matrimonio*.)

(1) «El que feziere forniçio con syerva de su fijo, non aya *alhudud*...» «Et el que feziere forniçio con muger de su syervo, non le den *alhudud*...» El *alhudud* era pena de 80 azotes que, según la ley, castigaba el pecado carnal en ciertos y determinados casos. Véanse los títulos CLXX y CLXXI, *Leyes de moros*.

(2) Véase la nota antecedente.

(3) Véase la nota 1 al tit. II, *Leyes de moros*.

(4) Véase el tit. I de la misma obra.

(5) «Sy la huérfana tovriere *alhaci* ó tutor, et la casare... Sy ella lo ovriere mester, et fuere su pro, el casamiento sea firme, et non la metan en consejo después que fuere de edat:» *Ibid*.

dora. La poligamia, destructora de todo orden doméstico y público, que produce la opresión de un sexo y la mutilación de otro (1), que hace que el matrimonio no sea un vínculo, ni la familia una sociedad, introduce costumbres totalmente contrarias á la naturaleza del hombre social; estas á su vez originan hábitos opuestos á la naturaleza del hombre físico; y de este modo se verifica que una religión que prohija como inocentes las inclinaciones naturales corrompidas, condena á perpetua barbarie al pueblo que la observa. No hay progreso donde no se señala á las humanas acciones un tipo ideal y sublime á qué aspirar, donde el hombre llega sin esfuerzo, sin lucha, sin sacrificios, al que se supone estado normal de la ley religiosa y civil.

¡Cuán de otro modo comprende la humana perfección la religión del pueblo dominado! ¡Cuán diversa es bajo sus santas leyes la familia! «Nuestro matrimonio, pudieran haber exclamado los perseguidos cristianos, no es la promiscuidad de los irracionales, sino un consorcio indisoluble elevado por Jesucristo al carácter augusto de Sacramento. No juzguéis nuestra ley por nuestras acciones: sabemos que somos débiles y prevaricadores, pero se nos manda que seamos perfectos. Dios que conoce al hombre y sus inclinaciones, porque conoce su obra y la obra del hombre, no nos dió leyes débiles, cómplices de nuestras pasiones como las vuestras y testigos impotentes de nuestros desórdenes, sino que nos puso un freno, y este freno excluye de nuestra familia la poligamia y el divorcio, restableciendo entre nosotros el matrimonio edénico, de dos espíritus en una sola carne, inviolable en su pacto, legítimo en su fin, vivificador por su pudicicia. Nuestro matrimonio no reconoce por fin legítimo el placer: su objeto es la formación de una sociedad eventual, blan-

(1) Los *eunucos* antiguamente eran los camareros que servían en lo interior de los palacios. Aumentada después la corrupción, los celos de los príncipes introdujeron la bárbara costumbre de que fuesen hombres *mutilados* los que guardasen el aposento de sus esposas, pues de este modo, alejados de toda idea de seducción, se creía que servían con más amor y fidelidad á su dueño.

co de las bendiciones de la religión como Sacramento. Lejos estamos de la perfección que como un deber se nos inculca, porque la perfección se halla en el complemento natural de las cosas, y nosotros empezamos á vivir. La perfección de la simiente es la planta, la perfección del feto es el hombre, la perfección del pueblo bárbaro es el pueblo civilizado; pero ¿cómo habéis de civilizaros vosotros más de lo que exige vuestra ley? Tolerad, pues, que os enseñemos lo que no sabéis, y si no lo toleráis, matadnos en buen hora, pero nosotros no podemos en conciencia menos de advertiros que váis descarriados, porque es también deber nuestro indeclinable amaros como á nosotros mismos aunque nos aborrezcáis. Podía el imperfecto paganismo, vanaglorioso con la virtud privada de Arístides y Catón, satisfacerse con que estos se abstuvieran de los infames juegos de Olimpia y de la diosa Flora; pero el cristianismo no se contenta con la tolerancia del pagano, ni con el olvido del levita, sino que exige la caridad solícita del samaritano (1).» No era otro en verdad el móvil que impulsaba á los mártires españoles, porque cuanto más se acercaba el estado musulmán á su pleno desenvolvimiento, mayor tenía que resultar el contraste entre las dos religiones tan opuestas en sus principios. De este contraste provenía el escándalo, del escándalo el celo, del celo la pugna, de la pugna la persecución y la muerte. Como serenas estrellas que en una noche de bulliciosa y espléndida orgía mandan á la tierra su vívido resplandor por entre las negras nubes de un cielo de tormenta, así vosotros, mártires purísimos, brilláis con hermosa claridad en los sangrientos anales de la perseguida Iglesia de España, contrastando la divinidad de vuestra doctrina y testimonio con la falsa brillantez de esa corte

(1) Jesucristo nos presenta la distinción entre las obras *imperfectas* de la ley y las obras *perfectas* de la caridad en aquella parábola sublime en que vemos á un hombre maltratado por los ladrones, *olvidado* por el levita y *socorrido* por el samaritano. El levita representa la probidad legal humana, que absteniéndose de hacer el mal, omite hacer el bien.

corrompida que tan á costa vuestra estáis evangelizando.

¡Oh valor incomparable! Saben esos humildes y generosos confesores que la persecución arrecia, que el desacato de la profesión de fe es ya mirado como asunto digno de ocupar el consejo del rey (1), que la extirpación completa de la religión cristiana va á ser en breve el negocio capital de la gobernación interior del Estado; ven aumentarse el número de los apóstatas, entibiarse el celo de sus afligidos hermanos, dilacerarse con nuevas herejías el seno de la Iglesia perseguida, ceder los débiles á la opresión y al oprobio, los tímidos á las amenazas, los codiciosos á la agravación de los tributos, los ambiciosos á las liberalidades y promesas; dícenles que sus prelados mismos los obligan á jurar que no comparecerán ante los jueces á hacer pública su confesión de fe, que en el consejo del Amir se ha acordado conceder á todo musulmán permiso para quitar la vida á cualquier cristiano que hable en desdoro de su profeta y secta; y sin embargo nada les arredra. ¡Allá va la gloriosa falange! En ella la dama de esclarecido linaje que hasta ahora había vivido ocultando su verdadera fe, y que, depuesto ya todo humano respeto, ha consumado el sacrificio para una madre más costoso cual es el abandono de sus cariñosos hijos (2); en ella el rico hacendado, hijo de mahometanos, que tomando de su heroica esposa ejemplo de abnegación y fortaleza, y aleccionado en la provechosa escuela de los justos perseguidos y encarcelados, reparte su riqueza entre los pobres y las iglesias, y confía su prole ¡ya en breve huérfana! al tranquilo amparo de un humilde claustro de religiosas (3); en ella el mendicante, peregrino de lejanas tierras enseñoreadas por los infieles, que nacido en

(1) Los primeros mártires que aparecen sentenciados á muerte por el consejo ó mexuar del rey sarraceno son Jorge, Félix, Liliosa, Aurelio y Sabigoto, los cuales fueron decapitados en el mes de julio del año 852. Hasta entonces las causas de los cristianos que se ofrecían al martirio no habían salido de la jurisdicción de los Cadíes.

(2) Véase la vida y martirio de Sta. Sabigoto.

(3) Véase la noticia sobre S. Aurelio.

la gloriosa Belén y profeso en el célebre monasterio de S. Sabas, termina su trabajosa cuestación por África y España pidiendo en Córdoba al consejo de Abde-r-rahmán el eterno descanso á la sombra de la palma de los mártires (1); en ella numerosos monjes, unos nacidos de noble linaje, otros nobles por sus hechos y virtudes; en ella finalmente ricos y pobres, sabios é ignorantes en las humanas letras, versados en los estudios y trato de los árabes, y extraños de todo punto á su lengua y comercio; aventajados en la corte, y oscuros mozarabes de la Ajarquía; casados, célibes, eunucos; los unos criados entre parientes mahometanos, y sin embargo cristianos desde la infancia; los otros hijos de cristianos, pero tenidos por musulmanes hasta el momento de recibir de Dios el dón de caridad y fortaleza que los convierte de repente, de tibios y meticulosos, en paladines declarados de la fe, sedientos de la salvación de las almas y de las salutíferas aguas de la tribulación. La edificación de sus hermanos, la conversión de sus obsecados dominadores, la expiación de la pasada prevaricación de España (2), reclaman ese sacrificio. Allá van, pues, gozosos y tranquilos: los mancebos renunciando á sus doradas esperanzas, á su brillante porvenir, á la ciencia, á los honores, á la gloria, al amor, á todo lo mundano; las madres despidiéndose para siempre de sus inocentes hijuelos, en quienes se compendian para ellas todos los placeres de la tierra, y estampando en sus rosadas mejillas el último beso, que reciben dormidos, ignorantes de su próxima orfandad. Allá van, animosos y decididos, á dar su sangre por su fe, por el cristianismo, por la verdadera civilización del mundo, por la gloria del Cria-

(1) Véase el martirio de S. Jorge, ó Georgio.

(2) En la ocupación de la Bética por los vándalos veía el piadoso Salviano (libro 7, *De Gubernatione Dei*) el castigo del cielo por la corrupción de sus costumbres. La misma observación, y las mismas palabras con que la expresa, pueden aplicarse á la calamidad, aún mayor, del yugo sarraceno: *In Illa Hispanorum castitate ostendere Deus voluit, quantum, et odisset carnis libidinem, et diligeret castitatem, etc.*; pues en castigo de su impenitencia después de aquel primer escarmiento, se vió entregada á la barbarie y excésos del mismo vicio que tanto amaba.

dor, y á dejarse sepultar cadáveres desangrados en ese hondo río, momentáneamente agitado y luégo otra vez majestuoso y sereno. No podrán decir sus enemigos que los impulsa la vanagloria, porque saben que sus nombres serán execrados, prevaleciendo los apóstatas partidarios de Recafredo, y que el culto de los mártires es severamente castigado por los musulmanes y por los obispos prevaricadores (1). Ese es el premio que esperan de los hombres, esa la recompensa que les tiene reservada el mundo, que los moteja de fanáticos y alucinados en pago de lo que ellos se afanan y sufren por su emancipación y progreso. ¿Vivirán al menos sus nombres en la memoria de la España restaurada? Vivirán, sí, en los corazones de la gentecilla humilde y oscura, que es la que ama las tradiciones piadosas y los recuerdos de sus santos; perpetuaránse en las leyendas, en los martirologios y santorales, que, fuera de las iglesias y monasterios, sólo manejarán el devoto madrugador que vive ignorado del mundo, y el solitario campesino que sólo ve de la gran ciudad las azuladas torres; pero los poderosos, los cortesanos, el Estado, nada creerán deberles ni se cuidarán de ellos, porque la memoria, peso abrumador, para la vida de los grandes, es como un mar de plomo en que se hundan todas las glorias y escarmientos. El calor de las nuevas impresiones le hace hervir un instante, y luégo gradualmente recobra la inmovilidad de la masa inerte. En él las cosas de quilate se sepultan, y sólo sobrenadan cañas huecas y espumajos.

Pero si los hombres son ingratos con los mártires, el Omnipotente se les declara propicio, y armado con todos sus horrores y prodigios, atestigua por ellos, conturbando á los jactanciosos dominadores. Corría el mes de setiembre, delicioso en la tierra de Córdoba, y en uno de sus más claros y serenos

(1) *Corpora martyrum*, escribía Alvaro, à *gentilibus arsa oculis nostris conspeximus. Et quod abundantiori est fletu plorandum, plerosque Patres Anathematizantes talia patientes miravimus.*

días, los consternados cristianos veían clavar en la ribera del Guadalquivir los cuerpos de dos mancebos, nobles por su sangre y afamados por su ciencia, que acababan de ser degollados, durando aún la ceniza de la hoguera encendida para quemar los cadáveres de otros dos mártires. Oscurecióse de repente el cielo; cubrióse de negras nubes sin que precediese anuncio de tempestad, rompió ésta con grandes truenos y relámpagos y granizo, y mientras los hombres ofendían á la naturaleza con la muerte de aquellos dos justos, con tanta crueldad sacrificados, ésta demostró hacer por ellos sentimiento enlutándose en medio de su más esplendorosa gala (1). Insensible el orgulloso Amir á tan evidente testimonio, jura lleno de furor que raerá de sus vastos dominios la cizaña de la fe cristiana. Ya el valor de los mártires le conturba y le quita el sosiego, ya la población mozárabe le ocupa y le causa insomnios; la poesía, la música, las artes, los cuentos y relaciones de Zaryab y de sus favoritos no le desenojan; conoce el valor de los buenos cristianos, el prestigio que entre ellos alcanzan los prelados como Saulo, los doctores como Eulogio, pero fía demasiado en la intimidación que ejercen los malos obispos con sus decretos y él con sus edictos, y desconoce la fecundidad de la sangre derramada. El año 852 se halla en su tercio final: veintiocho cristianos han muerto á manos de los verdugos del Amir; su obispo y su más caro maestro conocen ya el rigor de las prisiones. ¡Ay de los que se atrevan en lo sucesivo á desafiar su saña!

Dos eunucos cristianos, sin embargo, uno natural de Granada y otro venido del Oriente, llamados el primero Rogelio y el segundo Serviodeo, aquel monje y anciano, este mozo y de estado á nosotros desconocido, penetran denodadamente en la mezquita mayor un viernes, en ocasión de hallarse el templo todo lleno de gente allí congregada para hacer su azala. Sabida

(1) Véase lo que refiere S. Eulogio, testigo presencial del martirio y declavación de los santos Emila y Jeremías.

es la escrupulosa y nimia atención con que observan los musulmanes, viviendo entre cristianos, hasta las más pequeñas prescripciones de su ritual, porque los sectarios de Mahoma son esclavos de su religión como de su gobierno: no hay creyente que antes de entrar en la mezquita á orar, ya sea en día juma, ya en otro día cualquiera, no haga en las fuentes del atrio sus purificaciones ó abluciones; con todos los requisitos prevenidos por la Ley y la Sunnah; ni hay quien se atreva á penetrar en el recinto sagrado sin dejar en el pórtico el calzado con que anduvo por las calles y plazas; ni quien, una vez dentro de la casa de adoración, no ocupe el paraje asignado á su edad y sexo, no haga mirando á la kiblah las incurvaciones y postraciones á que están obligados los fieles, y no siga en todas las oraciones y actos de su ceremonial al Imam con aquel orden, regularidad mímica y afectada compostura propios de una religión de meras formas. Rogelio y Serviodeo, despreciándolo todo, se entraron en el templo con ímpetu extraño, sin ablución, sin despojarse del calzado inmundo, sin hacer acto alguno de los que el culto musulmán impone. Debieron los servidores de la mezquita mirarlos al pronto como dementes; al verlos atravesar con infracción de todas las reglas establecidas, á paso precipitado, por las hileras y departamentos de hombres, niños, hermafroditas (1) y mujeres, fijarían en ellos los musulimes sus ojos atónitos sin explicarse la causa de tan punible desacato. Pero antes de presenciar el gran delito que se prepara, cúmplenos observar, aunque sea de ligero, esas singulares ceremonias de que hemos hecho mérito, para comprender mejor el sangriento escándalo, la alarma y el enojo que los dos osados cristianos debieron producir en los musulmanes cordobeses y su gobierno. Un poco de pa-

(1) *Per ordinem disponantur viri: deinde pueri: deinde hermaphroditi: deinde mulieres.* (Probabile est apud Mahumetanos esse multos hermaphroditos, ob assiduum usum veneris præposteræ.) etc. *Marrac. = Prodróm. ad refut. Alcor. part. IV, cap. V.*

ciencia, buen lector: luégo terminaremos el cuadro de los furores de los Amires y de las justas venganzas del cielo.

Los musulmanes dan una importancia suprema á todos los actos exteriores, porque las grandes promesas de Mahoma se libran en ellos. «Al que se lava el cuerpo según manda la *Sunnah*, y va temprano al templo, y se pone cerca del Imam para oírle con atención sin hablar palabra, le escribe Dios nuestro señor, dicen los doctores del Korán, por cada paso que da, el premio correspondiente á un ayuno de todos los días.» «El día del juicio, añaden, se le aparece la Aljama en forma de hermosa figura ataviada con vistosos arreos: él pregunta: ¿quién eres? y ella le responde: soy la Aljama, que vengo á atestiguar delante de Dios cómo acudiste al cumplimiento (1).» Ceremonias exteriores tan poderosas, que sirven de expiación y justificación, y que equivalen en mérito á la más rigurosa penitencia, excusado es decir si se observarán escrupulosamente. Verdad es que estas fórmulas se consideran nulas sin la recta intención, así que «la azala, dicen los teólogos árabes, es una estatua que figuró Dios lo mismo que figuró los animales, poniéndole por alma la intención (2).» Pero como la mera intención es fácil de formar, no por eso la religión mahometana resulta menos cómoda. La pureza del corazón se recomienda, pero no se da medicina para lograrla; no importa: todo va bien mientras el cuerpo aparezca puro de inmundicia exterior, y mientras las azalas obligatorias se hagan en los tiempos y con las posturas, lecciones y jaculatorias requeridas, siguiendo al Imam con precisión automática, y como si dijéramos á golpe y medida de resorte: exactamente de la misma manera que hacen sus movimientos los héroes de oficio que entretienen las naciones para casos de guerra, y sus habilidades los *perros sabios* que en teatrillos ambulantes los imitan durante la paz. He aquí, pues,

(1) Extractos de un curioso M. S. propio del Sr. D. Pascual Gayangos.

(2) M. S. citado en la nota antecedente.

cómo se santifica el pueblo que rige el poderoso Abde-rahmán II. Estamos en plena festividad, día de viernes, día juma: día por cierto en que sufrió un solemne desaire el gran profeta Mahoma mientras estaba predicando en la mezquita de Medina. Hallábase en lo más crítico de su peroración, cuando sonaron de repente los tambores que anunciaban la entrada de la caravana de mercaderes en la ciudad; y todos entonces, excepto doce fieles de fe tenaz y aguerrida, abandonaron el templo dejando al predicador con la palabra en la boca. Esta falta de respeto le sugirió la feliz idea de hacer bajar del cielo la Sura ó capítulo LXII de su Korán, titulada *el viernes*, y cuya aleluya undécima dice así: «Cuando el interés los estimula, corren los hombres al punto á donde su voz suena, y abandonan al ministro del Señor. Díles pues; los tesoros con que Dios os brinda son más preciosos que todo bien perecedero. Dios es el más generoso de los bienhechores (1).» Este pesado chasco no quita que sea el viernes el más dichoso día que alumbra el sol, y que en él (los musulimes al menos así lo suponen) criase Dios á nuestro padre Adán; que en él lo pusiese en la gloria, y luego lo bajase á la tierra, y que en él muriese; que en él deba ser el juicio, y que no haya en él animal que no esté en confusión desde que amanece hasta ponerse el sol esperando la hora de la comparecencia, exceptuadas las gentes y espíritus (2). En este día al que hace la azala le son perdonados todos los pecados que tenga sobre su alma.

Siendo por consiguiente la azala del viernes tan eficaz, es claro que no se descuida el hacer con toda minuciosidad la purificación que á ella precede, y que es como la raíz y fundamento de la Ley musulmana; porque está escrito que *no recibirá Dios la oración sin la purificación* (3), y Mahoma ha pronunciado que

(1) Refiere esta anécdota Gelaeddín, citado por Savary en la nota 2 al capítulo LXII del Korán.

(2) M. S. citado del Sr. Gayangos.

(3) Ebnol-Athir; citado por Marrac. Refut. al Kor. Prodróm. part. IV, cap. IV.

la religión está cimentada sobre la limpieza (1). «*Oh vosotros los que creéis, antes de comenzar vuestra oración lavaos el rostro, y las manos hasta los codos, y restregaos la cabeza, y los pies hasta los talones, y purificaos si hubiéseis tenido polución. Si estuviéseis enfermos, ó hubiéseis tenido coito, tomad á falta de agua polvo limpio, y frotaos con él la cara y las manos. No quiere Dios angustiaros, sino haceros puros y derramar sobre vosotros sus gracias para que seáis agradecidos.*» Así se expresa el Profeta en la Sura quinta de su Korán, y sobre estas palabras arman los musulmanes toda la artificiosa y ridícula máquina de su purificación y abluciones.

Amanece, pues, el gran día, y empieza en las casas de los fieles la faena de los lavatorios, que no concluye sino en el atrio de la mezquita; porque los viernes es obligatoria la asistencia á la azala del templo, y obligatoria también una ablución general de todo el cuerpo, la cual no puede hacerse cómoda y decentemente sino en el propio hogar. Esta ablución general, llamada *tahor*, ó *tahara*, es también de precepto en las dos principales pascua de Ramadhán y pascua de Carneros, en la peregrinación á la casa santa de la Meca, y en ciertos casos de natural impureza (2). El que hace *tahara* no sólo tiene que lavar todo su cuerpo, enjuagarse, limpiarse la dentadura, expeler las mucosidades y raerse el vello, sino que está obligado á observar el orden y la forma establecidos para estas diversas operaciones; de tal manera, que no le sirve la ablución si en vez de concluir lavándose los pies, según está prescrito, acaba lavándose las manos ó la cabeza, y si en lugar de mojarse el cuerpo tres veces, como es

(1) Algazel, cit. por el mismo, *ibid.*

(2) La ablución general (*tahara*) se requiere cuando ocurre alguna de estas cosas: *emissio spermatis per modum effusionis; carnalis cupido viri et feminae, et occurus duorum sponsorum sine emissionem seminis; et menstruum; et puerperium. Et sancivit Legatus Dei ablutionem pro die Veneris, et duabus Festivitatibus; et pro præparatione ad sacram peregrinationem.* Véase Marrac. op. cit., loc. cit. También pueden verse los casos en que se pierde y debe renovarse el *tahor* (ó *tahara*) en el cap. IV de la obra *Suma de los principales mandamientos de la Ley y Çunna* publicada por la Real Academia de la Historia.



CAPILLA ENFRETE DEL MIHRAB

también precepto tradicional, se lo moja dos ó cuatro. Los requisitos de la *tahara* son varios: se empieza lavándose las manos, siguen los demás miembros por su orden, y se concluye por los pies. Además debe hacerse en lugar limpio, y empezarse el lavatorio del cuerpo desde la cintura abajo, invocando al Criador, echándose luego el agua por la cabeza, restregándose el casco con los dedos, sin necesidad de que deshagan sus trenzas las mujeres, y finalmente, mojándose primero el hombro derecho y después el izquierdo; todo esto con agua limpia de río ó de mar, de pozo ó fuente, ó llovediza, con tal que no haya caído en ella cosa muerta, por pequeña que sea. Como sin embargo de la ablución general, se requiere para antes de orar la purificación ceremonial ó sagrada, llamada *alguado*, que consiste solamente en lavar la cara, las manos hasta los codos, la cabeza, y los pies hasta los tobillos, con el aditamento de enjuagarse la boca, sonarse sorbiendo el agua y frotarse los oídos, según lo ha establecido la *Sunnah*, es claro que el que se propone cumplir religiosamente estas ceremonias tiene bastante en qué entretenerse antes de principiar la oración pública. Esta segunda ablución, ó purificación sagrada, cuya virtud se pierde según los expositores de la ley y tradición por veinte causas (que omitimos especificar por poco decentes) (1), y que por lo tanto es forzoso repetir con mucha frecuencia, tiene sus requisitos y prácticas que la hacen bastante curiosa á los ojos de los profanos. Llega el muslim al atrio de las abluciones, y antes de visitar la casa donde se custodia y venera su Korán, hace una visita oficial á la letrina: lava luego sus manos, vuélvese de cara á la quibla, se sienta, enjuaga su

(1) Los muy curiosos pueden verlas en las dos obras citadas en la nota antecedente, así como también la comprobación de todas las demás ceremonias que vamos detallando, por ridículas que parezcan. Aquí diremos sólo que la ablución menor, ó purificación sagrada, requisito indispensable antes de toda oración, se pierde por cualquiera especie de secreción, por el vómito, por el sueño, por la risa desmedida, por el delirio, etc.: de modo que un muslim escrupuloso debe estar casi todo el día remojándose y maniobrando con aquello que hasta los mismos hebreos, pueblo reconocido como carnal, prohibían mirar cómo si ofendiese y manchase la vista.

boca, descarga sus narices, y entre tanto pronuncia la fórmula: « En nombre de Dios. » Mientras se hace esta ablución se suspende todo coloquio: cada cual va por su orden cumpliendo con las ceremonias establecidas sin curarse de lo que hacen los demás. Á la loción de la cara, con la cual pide el creyente á Dios que la emblanquezca el día del juicio, sigue la del brazo derecho, por la que pide que le dé su carta aquel día en su diestra; luégo la del brazo izquierdo, con lo que intenta significar que no se la dé en la siniestra; luégo sigue la frotación de la cabeza, para que Allah le cubra con su piedad y le conserve sus cinco sentidos; luégo la de los oídos para que le haga oír Allah su divina palabra y el pregón de Bilel (1) en el Paraíso; luégo la loción del pié derecho para que se le afirme en el puente del *Sirath*, y la del izquierdo finalmente para que no le sirva de embarazo al atravesarlo. Si reparas bien en los actos de los que van acudiendo al hermoso patio de los naranjos, llamados por el alidén (2) á la azala de *adohar*, observarás que los ritos para hombres y mujeres son los mismos, que unos y otros comienzan la ablución con la mano derecha, que jamás ayudan con la izquierda á la absorción del agua por la boca y narices, que la mano izquierda se destina á otros usos menos nobles, que todos repiten las abluciones hasta tres veces, ni más, ni menos, que todos se abstienen de consumir en esta operación demasiada agua, de frotarse los piés desnudos, de echarse el agua en la cara de golpe, y de ensuciarla con salivas y otras inmundicias. Habrás advertido también que á medida que van entrando en el patio los musulimes, van dejando bajo los pórticos el calzado con que andan por la calle, y que para penetrar en la mezquita usan

(1) Bilel era un criado de Mahoma. Cuando murió su amo, dió muestras de gran sentimiento, se retiró á los montes y comenzó á dar grandes gritos: tenía una voz muy sonora, y según el dicho de su amo, estaba destinado á ser almuedán del Paraíso. Nota 2 del Sr. Gayangos á la pág. 264 de la cit. obra *Suma de los principales mandamientos, etc.*

(2) El *alidén* es la llamada á la oración desde la torre ó alminar de la mezquita, según queda dicho.

otro calzado limpio, sobre el cual hacen la loción de los pies. Verás á los hombres descubrirse la cabeza para la frotación que impone la Ley, y las mujeres no, porque la tradición les consiente que cumplan esta ceremonia por debajo del velo ó manto que las cubre todas, con tal de que puedan llevar las manos al colodrillo sin deshacer la mata de sus cabellos. Últimamente, no verás hombres y mujeres juntos ni en el atrio ni dentro del templo: cada sexo tiene asignadas sus puertas para entrar en uno y otro, y sus departamentos ó secciones en el interior de la mezquita: la mujer recoge el manto sobre su rostro dejando sólo destapado un ojo (1), y hace sus abluciones separada de los hombres, porque en ella todo es pudendo, hasta los brazos y el cuello: todo, á excepción de las manos, los pies y la cara. Entiéndase esto de la mujer libre, porque en la esclava no se consideran pudendas más partes que las que el hombre mismo está obligado á ocultar, á saber, desde la región umbilical hasta las rodillas. En cuanto á la costumbre de taparse la cara con el velo ó manto, propiamente llamado *almalafa* (2), ya

(1) Esta antigua costumbre de las mujeres árabes se observó ya por Tertuliano (*lib. de Velandis virginibus, cap. 17*): *iudicabunt vos Arabiae feminae Ethnicae, quae non caput tantum, sed faciem totam tegunt, ut, uno oculo librato, contentae sunt dimidiâ frui luce, quam totam faciem prostituere.*

(2) El erudito comentador de Luitprando D. Lorenzo Ramírez de Prado, alegando la autoridad de nuestro cronista Juliano, supone que el manto ó *almalafa* de las hembras árabes de España era común á hombres y mujeres. Da la razón en el párrafo siguiente, copiado de aquel cronista (núm. 620): *Eisdem vestibus utuntur nunc Saraceni, quas ex Africâ secum deduxerunt quae mentitis vestibus venerant huc cum viris. Nam Miramolinus feminas vetuerat, ne transirent ad Hispanias. Et amatores Saraceni adduxerunt nonnullas virgines in habitu virili, quali nunc utuntur feminae Baeticae, et olim utebantur etiam Christianae degentes inter Mauros; vocant MANTOS ET ALMALAFAS.* Si los hombres con sus mantos cubrían la cabeza, como usan hoy los árabes y africanos, fácilmente se comprende que una mujer envuelta en su *almalafa* pudiese confundirse con un varón mancebo, sobre todo si era la *almalafa* un manto tupido y fuerte, y no un velo fino y transparente como el *theristro*, que usaban las mujeres en los países cálidos de Oriente según el testimonio de varios SS. PP. comentando los pasajes del Génesis en que se hace mención del velo de Tamar y de Rebeca. Entre los griegos del Bajo Imperio hasta los mismos hombres afeminados lo usaron, pues se refiere que habiendo enviado el rey Hugo á Romano II, entre varios presentes, dos hermosos perros del norte, al ver los animales al emperador griego cubierto con su *theristro* á la

dejamos apuntada la disposición legal en que se funda esta que, á primera vista, parece señal de exquisita pudicicia, y que en realidad es sólo cebo artificioso y pretexto hipócrita del lenocinio, según muy autorizados votos (1). Mahoma la recomienda sin duda porque la halló establecida en el Oriente, donde era el manto considerado como ornamento para las casadas, y como adorno y velo para las doncellas. Las almalfas eran de lino por el estilo de las que se tejían en Galilea, ó de seda como las usaban las Fenicias, unas blancas, otras de diversos colores: muchas veces finísimas, sutiles y transparentes como el *theristro* griego, cuyo nombre, así como el de *pallio* y *caliptra*, le dan algunos historiadores del Bajo-Imperio y otros escritores de la Iglesia; y en esta forma la usaban las meretrices en el mundo antiguo, las cuales se envolvían en un *theristro* diáfano como el ambiente para poder presentarse en público desnudas (2).

En el atrio de la mezquita, donde hay aguas abundantes, no puedes gozar el espectáculo de los que con mucha fe y entusiasmo se restregan los miembros con polvo, tierra, y aun barro, imaginándose quedar muy curiosos y aseados. La ley musulmana exige que á la hora de la azala se haga siempre la purificación ceremonial, y que donde falte el agua, como puede

usanza de su país, le creyeron un monstruo en vez de un hombre, y se lanzaron sobre él furiosos. En la forma general, muy poco debía diferenciarse el traje de los dos sexos: camisa, túnica, faja y manto, eran comunes á hombres y mujeres. Hasta el tocado era parecido, porque si ellos llevaban turbanes, más ó menos voluminosos según los países de donde procedían, ellas usaban las llamadas por los cronistas latinos *mitriolas*, que no eran otra cosa que una pequeña faja rodeada á la cabeza, llevada en todos tiempos por los lidios, frigios, sirios, árabes, persas y egipcios, y entre los romanos como adorno de las mujeres extranjeras, de las ramerías, y de los hombres afeminados que afectaban un traje exótico. Una cosa que no llevaban los hombres en la España-árabe era el *thorax sericus* ó paño de seda que cubría el pecho, que nuestras mozárabes cristianas tomaron de las mujeres árabes, y de que no se olvida el minucioso expositor Aly ben Mohammed, á quien sigue Marraccio, al enumerar las prendas con que se debe revestir á los difuntos de ambos sexos (*Caput de oratione in exequiis mortuorum*, obra cit.)

(1) Véase la eruditísima nota de D. Lorenzo Ramírez de Prado al núm. 352 del *Cronicón* de Luitprando, llena de curiosas investigaciones sobre el uso de los pallios, mantos y velos de los orientales.

(2) *Femineum lucet sic per bombycina corpus*. Marcial, lib. 8, epig. 68.

muchas veces acontecerle al caminante, al encarcelado, al que esté escondido huyendo de fieras ó de enemigos, se eche mano de la tierra, de la arena, de la yerba, de las piedras, del césped, del barro, de todo lo que la naturaleza haya criado sin intervención humana (1). Esta singular purificación se llama el *tayamún*; ya puedes figurarte si será edificante y hermosa la figura de un devoto muslim apeado de su caballo en medio del campo, haciendo sus incurvaciones con la cara tiznada de lodo, vuelto hacia la Meca (2). No deliraron tanto jamás las naciones paganas que más materializaron la razón de las purificaciones; no digamos los Romanos, que hacían sus decorosas y solemnes lustraciones, en manera alguna ridículas, antes bien interesantísimas por el sacrificio de las víctimas; pero ni los Baneanos del Mogol (3), ni los Bracmanes, de quienes se cuenta que todos los días antes de salir el sol van al río y en él se meten, unos hasta el pecho, otros hasta la garganta, creyendo

(1) *Suma de los principales mandamientos*, etc. Cap. VII. Del atayamún y sus defectos.

(2) Las cinco azalas del día son de obligación inexcusable; pero, como queda indicado, no es obligatorio hacerlas todas en público. En público, esto es, en la mezquita, sólo es de riguroso precepto la del viernes ó día festivo, á la hora de *adohar*; las demás se pueden hacer privadamente, y cada cual de hecho las ejecuta en el lugar ó sitio en que le coge la hora de cumplir este deber. Es claro que cuando se hace la azala en medio de un campo, ó viajando, no hay Imam que la dirija, ni hay lectura del Korán, ni sermón, ni Kotba y muchas veces ni siquiera puede precederle la ablución general (*tahara*) y la purificación ceremonial (*alguado*) por no haber agua corriente á mano. En este caso hace el muslim el *tayamún* con polvo, ó tierra, ó yerba, ó césped, ó nieve, ó barro, etc. Ahora bien, el *tayamún* es sólo un medio supletorio, y no dispensa de hacer *tahara* si se ha perdido, y *alguado* cuando en el término de una hora sea posible hallar agua clara y sitio á propósito para ello. El modo de hacer *tayamún* consta en el cap. VII de la obra *Suma de los principales mandamientos*, etc., ya citada. «La manera cómo se ha de hacer es, que ponga las manos sobre la tierra, llanas, ó en la cosa con que quiera hacer *tayamun*, y lebántelas sumariamente y *machará* (restregará) su cara una vez, nombrando ad Allah el alto, y buélbilas á poner sobre la tal cosa que el tomare y hagan al brazo derecho principiando de la punta de los dedos de la mano hasta encima del codo, y buélbilas á poner las manos sobre la tal cosa, y hará de aquella mesma manera al brazo yzquierdo, sin lebantar la mano hasta que buelba á salir por los mesmos dedos por donde principia: de manera que de subida y baxada comprenda bien todo el brazo.»

(3) Véase á Clemente Tosius, abad de la Congregación Sylvestrina, en su obra *India oriental*, tomo I.

quedar allí limpios de sus pecados; ni la gente india vulgar, que, persuadida de que las aguas limpian el alma, corre desalada á los grandes estanques de las Pagodas, y á los dos sagrados ríos Ganges y Casón, en cuyas ondas purificadoras aman muchos dejar la vida (1). De estos al menos no se refiere que se hayan entretenido ó se entretengan en hacer objeto de ceremonias la inmundicia natural cotidiana, y aun necesaria, del organismo animal, ni que sean tan materiales y nimios que se crean obligados á repetir la ablución si omitieron en ella alguna pequeñez, ó si al lavarse los brazos empezaron verbigracia por los codos, en vez de empezar por las puntas de los dedos (2).

Cesaron las abluciones de los creyentes, óyese dentro de la mezquita la *alicama* ó convocación que los llama á orar. «Ya está levantada la azala, ya comienza la oración (3);» es la hora de *adohar*, el sol está en la mitad exacta de su carrera, el Imam ocupa el mimbar, entra el pueblo con paso grave y mesurado por las espaciosas y elegantes puertas que conducen á las once naves mayores. Los hombres entran por unas puertas, las mujeres por otras, á fin de que cada sexo ocupe su respectivo compartimento (4). Todos al pisar el umbral sagrado levantan en

(1) Véase á Marraccio, obra cit., y la interesante obra titulada *Viaggio all' Indie Orientali, etc.*, del P. Vicente María de Sta. Catalina de Sena, carmelita descalzo.

(2) Los sectarios de Alí pretenden que las abluciones deben empezarse por el codo, y los de Omar sostienen que por las puntas de los dedos. *Les Mahométans disputent entre eux des pratiques* (dice Mr. de Bonald), *les chrétiens du dogme*. Législation primitive, tomo 3, pág. 345, nota.

(3) *Alicama*. Convocación interior que se hace en las mezquitas con el fin de llamar á los fieles á la oración. Diferénciase de la otra convocación llamada *aliden*, en que esta se hace á la parte exterior, desde los alminares ó torres, en las que se construyen unas terrazas ó balcones que las ciñen en contorno; para que los almuedanos puedan dar el pregón á los cuatro vientos, girando hacia la derecha.

(4) «*Si steterit mulier ad latus viri, ita ut ambo conjungantur in oratione, vitabitur oratio viri. Non decet mulieres interesse cæli (virorum)*». Marrac. op. cit., cap. V, *De eo quod convenit orationi*. Y no sólo han de estar separados los sexos, sino que entre los de un sexo mismo hay preferencias reconocidas; así v. g.: «*Qui mundus est non orabit post eum qui patitur frequentem fluxum urinæ: neque, quæ munda est, post eam cui menstruorum reliquæ perseverent*, etc. Á tal punto se lleva la distinción de jerarquías, que se manda que en el templo el que sabe leer no esté detrás del ignorante, ni el vestido detrás del desnudo. *Ibid.*

señal de admiración las manos, exclamando en voz baja: « ¡Dios es el más grande! ». Este primer acto no creas que es espontáneo; es de ritual. « El que éntre á orar, magnifique á Dios, y levante sus manos de modo que sus pulgares se hallen á la línea de sus oídos: aplique luégo la mano derecha sobre la izquierda, y ambas debajo del ombligo, y diga alabando á Dios: bendito sea, oh Dios, tu nombre, exaltada tu dignidad, glorificada tu alabanza; no hay más Dios que tú (1). » Así lo verifican todos: á la *magnificación* sigue la *estación*; durante la estación, en la cual no le es permitido al muslim separar las manos de la postura referida, ni doblar las rodillas, ni cargar el peso del cuerpo sobre una pierna más que sobre otra, se implora el auxilio del Altísimo contra Satanás apedreado, y luégo se pronuncia la célebre invocación *Besm elláh elrohman el rahim* (en nombre de Dios clemente y misericordioso), que para los mahometanos es como para nosotros los cristianos la señal de la cruz, y con la cual principian todos los actos importantes de la vida. Las dos últimas palabras se dicen secretamente. Refiere uno de los más famosos comentadores del Korán, que cuando esta invocación bajó del cielo, las nubes huyeron al oriente, los vientos se calmaron, la mar se conmovió, los animales empinaron las orejas para oír, y los demonios cayeron precipitados de las esferas celestes (2). Empieza el Imam en seguida, á la cabeza de todos los creyentes formados en hileras, la lectura del proemio ó Sura primera del Korán, y ellos en secreto le van siguiendo. Magnífica en verdad es esta primera oración, después de la cual puede decirse que en la azala no hay otra. Dice así:

¡Gloria á Dios, Señor de los mundos!
La misericordia es su atributo;

(1) Marrac. *Ibid.*

(2) Giaab, citado por Savary en su traducción del *Korán*. Cap. I, ó Introducción.

Él es el rey del día del juicio.

Adorámoste, Señor, é imploramos tu auxilio.

Dirígenos por los caminos de aquellos á quienes has colmado de beneficios.

De aquellos que no provocaron tu cólera y se preservaron del error.

Al proferir el Imam estas últimas palabras, los asistentes dicen: *Amén*. Sigue inmediatamente otra magnificación con la fórmula conocida « Dios es el más grande » (*Allah ua aqbar*), y después comienzan las incurvaciones y postraciones y asentaduras, interpoladas con jáculatorias, y dispuestas por la tradición y los teólogos musulmanes con tantos requisitos, tanto subir y bajar, tanto encorvar la espalda y enderezarla, tanto sacar y remeter el vientre, tanto jugar de piernas y de cuello, y tanto agitar de piés encogiendo uno y estirando otro, y volviendo los dedos á la quiblah, que ni tengo yo paciencia para írtelo desnuzando, ni tú la tendrías para seguir atendiéndome (1). Observemos, si te place, que desde el comienzo de la azala hasta el fin van siguiendo los asistentes toda la mímica del Imam que la rige, exactamente lo mismo que siguen en sus movimientos los reclutas al cabo instructor, ó como en ciertos juegos de los niños sigue todo el corro al que dirige la farsa, repitiendo sus palabras é imitando sus gesticulaciones (2). Entre estas ceremonias, son

(1) Suprimimos estas minucias y vaciedades por demasiado prolijas y fastidiosas; quien quiera enterarse de todas ellas las hallará detalladas con la suficiente claridad en la citada obra de Marrac. *Refutación del Korán*, y en el cap. XI de la *Suma de los principales mandamientos y devedamientos*, también citada. En este capítulo hallará el siguiente curioso trozo: « Asiéntese en tierra las pulpas de los pulgares de los piés, y diga tres beces *çubhana rabbi lealé* como se dice, y asiéntese sobre la pierna izquierda, de manera que no se asiente sobre ninguno de sus piés, sacándolos al lado derecho y el biente del pulgar del pied derecho, y se asiente en la tierra; ó si quiere ponga la planta del pied izquierdo con el muslo del derecho, y ponga las manos sobre las rodillas y buélbase á *açaxdár* (postrar en tierra) como de primero con *Allah ua aqbar*. y después lebántese con *Allah ua aqbar*, y hará otra *arraca* (incurvación) con aquella, y asiéntese y diga: etc. ». Que así se haga consistir en la mímica el mérito de las preces al Altísimo!

(2) El curioso M. S. del Sr. Gayangos citado en otra nota, contiene el siguiente

notables la de la *incurvación* y *postración*. El que hace la incurvación (*rucúz*) pone las manos sobre las rodillas, y las espaldas al nivel de la cabeza; en esta posición pronuncia las exclamaciones de ritual, y ó bien vuelve á enderezarse, ó bien se postra en tierra; según el estado ó período de la oración. Al postrarse para hacer su *adoración* (*şuchud*), procura con todo esmero que toquen en la tierra la frente, la nariz, los codos, las manos abiertas, las rodillas y los dedos de los piés. Al sentarse, procura también no hacerlo sobre ninguno

párrafo sobre la necesidad de seguir escrupulosamente al Imam en la azala pública, que corrobora la exactitud de la comparación que acabamos de hacer. «Y se advierta que la intención de seguir al Imam es *farđ* (precepto forzoso) sobre el que le sigue, y que el seguirle ha de ser que despues que el Imam vaya á los actos della de bajar ó subir, vaya en su seguimiento, porque de hacellos igual con él es *macuh* (acto laudable no obligatorio), y si antes que él, es *muħaram* (cosa prohibida). Y si es en *taqbirat alyħram* y el *şalam* (salutación que se hace al fin de la oración) decirlo junto con él ó antes que él, es perdida su *şala*; y esto se advierte porque muchos no salen della sino con un *ħaram* (condena) acuestas, demas que hay opinion de que es perdida si lo hace adred el anticiparse en los actos. Y todo esto por la poca consideración que se tiene de no hacer la obra como se debe, ó porque piensan que han de acabar primero que el Imam, y estan engañados, por cuanto no pueden salir de la *şala* hasta que el Imam abra la puerta con dar el *şalam*. Y se echa de ver en actos tales la poca debocion que tienen en esta excelente obra, pues no ven la ora de salir della, etc.»

Redúcense realmente las oraciones de los mahometanos á verdaderas gesticulaciones con el cuerpo, las manos y los piés: incurvaciones de la cabeza y de la espalda, postraciones ó humillaciones de toda la persona en tierra, y otros actos propios de histriones. Su oración apenas puede llamarse tal: el mismo favor que se les dispensa diciendo que tienen una religión (puesto que no hay, rigurosamente hablando, *religión* donde no hay, además del templo, ara y sacrificio, y ellos no tienen sacrificio ni ara), se les concede suponiendo que en sus azalás hacen *oración*, dado que la oración supone deprecaciones y plegarias. Sólo de vez en cuando entre la multitud de sus gestos corporales van mezcladas las exclamaciones: *¡Sólo Dios es grande! ¡Á Dios las alabanzas! ¡No hay mas Dios que Dios!* y otras por este estilo, con algunos versículos del Korán, especialmente los siete de la primera Sura, que es mas bien un himno que una deprecación, á la manera de muchos Salmos de David. La devoción y atención suma que los mahometanos afectan en sus azalas, nace, observa Marraccio, en parte de la mera costumbre, en parte también de verdadera hipocresía. En suma, éstos actos puramente exteriores nada de por sí influyen en la santificación del hombre, y nada significan no animándolos las virtudes interiores, la caridad, la fe, la piedad, y otras que sólo el cristianismo inculca y hace de riguroso precepto. Los desmedidos elogios que hoy es moda prodigar á todo lo de los árabes, nos obliga á entrar en esta clase de consideraciones.

de los dos piés, sacándolos por el lado derecho, ó juntando con el muslo derecho la planta del pié izquierdo.

Ocupados en este ejercicio, más propio de jímios que de seres racionales, estaban los musulimes cordobeses, y la soberbia mezquita de bote en bote, cuando penetraron resueltamente en ella los dos cristianos Rogelio y Serviodeo. El pueblo suspende sus ritos, álzase un imponente murmullo, señal segura de un grave escándalo; el Imam enmudece asombrado; al murmullo sucede una amenazadora gritería, como siguen en el mar los bramidos de las olas á la susurrante brisa que anuncia las tempestades. — ¿Qué intentan esos dos hombres temerarios que, abriéndose paso por las apiñadas hileras, se adelantan forcejeando hasta cerca del Santuario? ¿Qué palabras son las que vienen á proferir en este venerado recinto, interrumpiendo solemnes ceremonias, infringiendo leyes y tradiciones, desafiando las más terribles prohibiciones y exponiendo la vida al justo furor de la escandalizada muchedumbre? ¡Oh abominación! ¡oh delito monstruoso y nefando! El majestuoso y sonoro idioma del Hedjaz consagrado por el profeta de Dios á la promulgación del Korán, es prostituído y vilipendiado por sus atrevidas lenguas en obsequio del profeta nazareno (1): nada menos intentan esos criminales alucinados que convertir con una insensata predicación los

(1) Debió ser en idioma arábigo esta predicación de los dos cristianos dentro de la mezquita mayor, porque de lo contrario no hubieran sido comprendidos. Por lo tocante á Serviodeo, como natural de Siria, no hay la menor duda; y en cuanto á Rogelio es de creer que hablase aquella lengua, como casi todos los mozárabes españoles, cuando se arrojó á evangelizar á los mahometanos. Consta que era cosa común entre los naturales hablar y hasta manejar, con elegancia la lengua de los dominadores, por lo cual algunos de ellos, aunque cristianos, obtenían cargos y empleos en la corte de los Umeyas, escribanías y otros oficios del gobierno. Sábase por S. Eulogio (*Memorial de los Santos*) que los dos jóvenes Emila y Jeremías, que hemos nombrado poco há, eran doctísimos en la lengua árabe. Del abad Samsón, que en el tiempo á que nos referimos tenía 42 años, consta, que se valían de él los reyes de Córdoba para traducir del arábigo al latín las cartas que dirigían al rey de Francia. (S. Eulogio, *Memoriale Sanctorum*, lib. 2, c. 2: — Flórez, *Vida del abad Samsón*, t. I, España Sagrada: — Masdeu, *Hist. crit.*, t. XIII, España Arabe, p. 176: etc.)